



Eduardo Galeano.

# Diario de las visperas

## I Haroldo Conti

Después del artículo del escritor David Viñas sobre el Ejército y el terror en la Argentina, TRIUNFO abre sus páginas al uruguayo (Montevideo, 1940) Eduardo Galeano, autor, entre otros libros, de los relatos "Vagamundo" (LAIA), "La canción de nosotros" (EDHASA), premio "Casa de las Américas" 1975 y de un ensayo ya clásico sobre la explotación imperialista del continente latinoamericano: "Las venas abiertas de América Latina".

Fue asimismo fundador y director de "Crisis", publicación hoy desaparecida. A través de las notas de Galeano, concebidas en forma de diario, se trasluce la tragedia cotidiana de aquel país. El autor recuerda con emoción al novelista Haroldo Conti, del que, como verá el lector, no tiene noticia exacta, y que, según las últimas noticias, está encarcelado en la Argentina.

El caso Conti es sólo un ejemplo de la sistemática persecución de que son objeto intelectuales y artistas por el fascismo latinoamericano. Recordemos también al poeta, novelista y militante montonero Francisco Urondo, autor de "Los pasos perdidos", muerto en combate contra la dictadura. O los nombres de los también escritores Alberto Acosta, Carlos Pérez, Antonio di Benedetto, Miguel Ángel Bustos, o el del cineasta Raimundo Gleizer, todos ellos detenidos, encarcelados o desaparecidos. Llegado estos días a Madrid el también escritor argentino Jorge Luis Borges, declaraba a la prensa: "Estoy de acuerdo con el gobierno militar de Chile y también con el de la Argentina: (...) El régimen militar nos ha salvado de la ignominia".

**E**SCUCHAMOS el ruido del motor creciendo desde lejos. Estábamos en el muelle, de pie, esperando. Haroldo balanceaba el farol con un brazo, con el otro envolvía a Marta, que temblaba de frío.

El faro buscahuellas atravesó la neblina y nos encontró. Saltamos a la lancha.

Por un instante alcancé a ver el bote destartado, bien tirante de la cuerda; en seguida se lo tragó la neblina. En ese bote yo remaba todas las tardes hasta la isla del almacén.

La neblina brotaba del río oscuro como un hervor.

Hacía mucho frío en la lancha. Los pasajeros cuchicheaban. El frío golpeaba más porque se estaba acabando la noche. La Cruz del Sur descendía lentamente tras las negras siluetas de los diamos.

Remontamos un arroyo angosto, luego otro más ancho, y desembocamos en el río. Al mismo tiempo irrumpió en el aire la primera claridad del día.

La vaga luz iba desnudando

las casitas de madera medio comidas por las crecientes, una iglesia blanca, las hileras de diamos, los sauces llorones. Poquito a poco se iluminaban los penachos de las casuarinas.

Me alcé en la popa. Se sentía un olor limpio. La brisa fresca me daba en la cara. Me entretuve mirando el tajo de espuma que perseguía a la lancha y el brillo creciente de las ondas del río. Por el aire iba subiendo un calor lento.

Haroldo se había parado a mi lado. Me hizo volverme y lo vi:

buscando aquel navío fantasma en el que navegó una vez allá en la infancia o en los sueños, y mientras persigue lo que perdió va escuchando voces y contando historias a los hombres que se le parecen.

Triste y solo y manso, Haroldo vive al ritmo del río, que corre sin apuro. Cuando llega la violencia le sube de a poco, como crece suavemente el agua, pero que se cuiden los hijos de puta: la corriente alzada arranca árboles y casas: lo he visto embestir y le conozco las furias.

## Eduardo Galeano

un enorme sol de cobre estaba invadiendo la boca del río.

Haroldo conoce como pocos este mundo del delta. Sabe cuáles son los buenos lugares para pescar y cuáles los atajos y los rincones ignorados de las islas; conoce el pulso de las mareas y las vidas de cada pescador y cada bote, los secretos de la comarca y de la gente. Sabe andar por el delta como sabe viajar, cuando escribe, por los túneles del tiempo. Vagabundea por los arroyos y anda días y noches por el río abierto a la aventura,

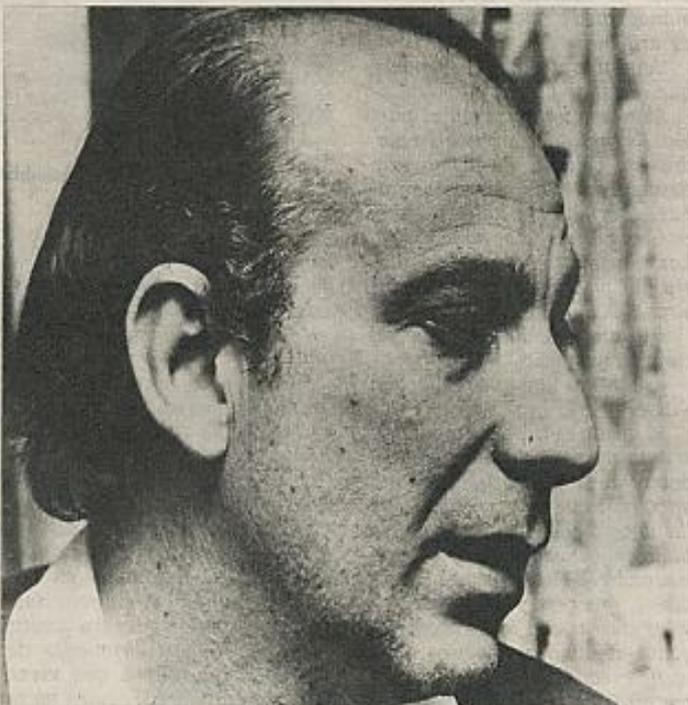
¿Cuántos naufragios sufrió mi hermano Haroldo, además de aquel que le rompió el barco contra las costas del Brasil? ¿Cuántas veces creyó descubrir, en la bruma, la perdida nave azul? ¿Cuántas veces se reventó contra las rocas? ¿De dónde le vienen los dolores que le atormentan el cuerpo? ¿Para qué escribe mi hermano Haroldo si no es para salvarse y salvar lo que merece ser salvado?

Los pescadores van y vienen por el Paraná. ¿Qué aventuras te prometen o devuelven, hermano Haroldo, el río barroso y la alta mar? ¿Encontrarás lo que venís persiguiendo, un mediodía cualquiera, en el centro de las aguas o del cielo? ¿O has descubierto ya que tu navío imposible viaja por los caminos del jodido mundo? ¿Es dura la travesía, hermano? ¿Andar duele? Al final del recorrido no está la eternidad, sino nosotros. No te detengas. No te vayas a caer, que te andamos precisando.

El río se vuelca en la gran vertiente y moja y abraza las islas solitarias. Así nos dan tus palabras agua y calorito.

¿Está muerto? Quién sabe. Hoy hace una semana que lo arrancaron de la casa. Le vendaron los ojos y lo golpearon y se lo llevaron. Tenían armas con silenciadores. Dejaron la casa vacía. Robaron todo, hasta las frazadas. Los diarios no publicaron una línea. Las radios no dijeron una palabra. El diario de hoy trae la lista completa de las víctimas del terremoto de Udine, en Italia.

Hoy Marta me estrujó, llorando, y me dijo: "Dame fuerzas". Ella estaba en la casa cuando



Haroldo Conti: Le vendaron los ojos y lo golpearon y se lo llevaron... Los diarios no publicaron una línea, las radios no dijeron una palabra.

## Diario de las visperas

ocurrir. También a ella le habían vendado los ojos. La dejaron despedirse y se quedó con un gusto a sangre en los labios.

Hoy hace una semana que se lo llevaron y yo ya no tengo cómo decirle que lo quiero y que nunca se lo dije por la vergüenza o la pereza que me daba. ■

### II La abuela

La última vez que la Abuela vino a Buenos Aires llegó sin ningún diente, como un recién nacido. Yo hice como que no lo notaba. Graciela me había advertido por teléfono: "Está muy preocupada. Me preguntó: ¿no me encontrará fea Eduardo?".

La Abuela estaba hecha un pajarito. Los años iban pasando y la encogían.

Salimos abrazados del puerto. Le propuse un taxi.

—No, no —le dije—. No es porque crea que te vas a cansar. Yo sé que vos aguantás. Es que el hotel queda muy lejos, ¿entendés?

Pero ella quería caminar.

—Escuchame, abuela —le dije—. Por aquí no vale la pena. El paisaje es feo. Esta es una parte fea de Buenos Aires. Después, cuando hayas descansado, nos vamos a ir juntos a caminar a los parques.

Se detuvo, me miró de arriba abajo. Me insultó. Y me preguntó, furiosa:

—¿Te crees que yo miro el paisaje cuando camino contigo?

Se colgó de mí.

—Me siento agrandada —me dijo— bajo el ala tuya.

Me preguntó: "Te acordás cuando me llevabas alzada en el sanatorio, después de la operación?".

Me habló del Uruguay, del silencio y del miedo:

—Está todo tan sucio. Está tan sucio todo.

Me habló de la muerte:

—Yo voy a reencarnar en un abrojo. O en un nieto o bisnieto tuyo, yo voy a aparecer.

—Pero vieja —le dije—. Si usted va a vivir doscientos años. No me hable de la muerte que usted tiene para mucho todavía.

—No seas perverso —me dijo.

Me dijo que estaba harta de su cuerpo.

—Dos por tres, te digo a mi cuerpo: "No te soporto". Y él me contesta: "Y yo, tampoco".

—Mirá —me dijo, y se estiró el pellejo del brazo.

Me habló del viaje:

—¿Te acordás cuando te estaba matando la fiebre en Venezuela y yo me pasé la noche llorando, en Montevideo, sin saber por qué? Todos estos días yo le

venía diciendo a Emma: "Eduardo no está tranquilo". Y me vine. Y ahora también pienso que no estás tranquilo.

La Abuela estuvo unos días y se volvió a Montevideo.

Al tiempo le escribí una carta. Le escribí que no se cuide, que no se aburra, que no se canse. Le dije que yo bien sé de dónde viene el barro con que me hicieron.

Y ayer me avisaron que había tenido un accidente.

La llamé por teléfono.

—Fue culpa mía —me dijo—. Me escapé y me fui caminando hasta la Universidad, por el mismo camino que antes hacía para verte. ¿Te acordás? Yo ya sé que no puedo hacer eso. Cada vez que voy, me caigo. Llegué al pie de la escalera y dije en voz alta: "Aroma del tiempo", que era el nombre del perfume que una vez me regalaste. Y entonces me caí. Me levantaron y me trajeron aquí. Creyeron que me había roto algún hueso. Pero hoy, no bien me dejaron sola, me levanté de la cama y me escapé. Salí a la calle y dije: "Yo estoy bien viva y loca, como él me quiere". ■

### III La tregua

HÉCTOR estuvo en Europa. Allí no fue feliz. Ha vuelto a Yala. Estas son horas duras, pero él está seguro de parecerse a la tierra que pisa.

Hacia más de un año que no nos veíamos. Llego a Yala con dolor de cabeza. Llevo dos semanas, días y noches, con la nuca ardiéndome.

Caminamos por el sendero que conduce al río.

El río se llama como el pueblo. Es ruidoso y corre sobre piedras de colores. En primavera, desagua el hielo de las montañas. A orillas del Yala duerme, por las noches, alguna guitarra. Los músicos dejan la guitarra allí para que la templen las sirenas.

—Estamos todos en libertad condicional —dice Héctor.

—Aquí me voy quedando solo —dice.

El miedo es la peor noticia. En el entierro de Burnichón, en Córdoba —me cuenta Héctor—, no hubo más que doce personas. De las doce, once eran mujeres. Yo también conocí a ese inocente, mercader de hermosuras invendibles, que recorría las llanuras y las sierras con los brazos cargados de dibujos y poesías. Burnichón conocía el país piedra por piedra, persona por persona, el sabor de los vinos, la memoria de la gente: le reventaron el crá-

neo y el pecho a tiros de Itaka y lo traron a un aljibe. De la casa, dinamitada, no quedó ni la ceniza. Las plaquetas y los libros que él había editado a pulmón, trabajos de muchachos de provincia en los que creyó descubrir talento o garra, fueron a parar, en un santiamén, a los sótanos de las libreras o a las hogueras. Veinticinco años de trabajos borrados de golpe. Los asesinos han tenido éxito.

—En el entierro hubo un solo hombre —dice Héctor.

El miedo es la peor noticia. Una pareja de amigos, me cuenta, quemó los libros en la estufa de leña. Uno por uno, todos los libros: un ritual de nuestro tiempo. Empezaron por Lenin y fue como una fiebre: terminaron quemando "Alicia en el país de las maravillas". Cuando ya no

Siguiendo las vías llegamos a la estación. Nos sentamos a fumar un cigarrillo. En las cajas del andén descubrí un león, una mujer peinándose, un muchacho con los brazos alzados en actitud de ofrenda. Sobre las piedras han pasado los años y las pisadas, pero no han borrado eso. Ya no está vivo el guardaagujas que grabó esas cajas con un buril. Se había hecho escultor porque el ferrocarril pasaba una vez por mes.

—En aquellos tiempos —dice Héctor— Yala tenía vida propia. Había gente aquí. Hasta peluquero había. Tenía el mal de San Vito. Era un peligro.

De Europa no me cuenta mucho. Una frase en el escudo de armas de una casa de Andalucía: "Padecer por vivir". Y una película en París, la vida asépi-



En el país se siembran cadáveres y trigo.

quedaba nada para echar a la fogata, hicieron pedazos los discos. Después ella largó el llanto en un rincón, de cara a las llamas.

Unos chicos, le cuento, patean un paquete en un baldío de Buenos Aires: se abre: está lleno de libros. A los baldíos van a parar las colecciones de la revista nuestra, prohibida en las provincias, secuestrada en los allanamientos. Empezás a sentir que alguna gente te saluda en voz baja o da vuelta la cabeza. Hasta por teléfono podés transmitir la lepra. Redescubrimiento de las personas, ahora que viene subiendo la marea: ¿quién no se deja ahogar? ¿A quién no amaestró la máquina?

ca y lentísima de una mujer madura. Una noche, Jeanne descubre el orgasmo. Se levanta para lavarse, encuentra una tijera sobre la cómoda y la clava en la garganta del tipo.

Me duele la nuca. Un puño de acero me aprieta la nuca.

Ando lastimado, Héctor. Le cuento. Le digo, como para convencerme, que no le tengo miedo al dolor. Yo soy este dolor que siento, le digo, esta desesperación que me avisa que estoy vivo. No voy a pagar ningún payaso o puta dentro de mí, le digo, como para convencerme: no quiero consuelo ni salvación por el olvido. Mejor el frío que la ropa prestada. No me queje. Estar muerto no es peligroso.



¿Cuánto vale la vida de un hombre desde la última devaluación?

Le cuento que estoy tratando de escribir para fijar las certidumbres chiquitas que voy reconquistando de a poco, antes de que se las lleve la ventolera de la duda —las palabras como garras de león o tamarindos en la atena de los médanos revueltos—. Ando queriendo nacer de nuevo, le cuento. Estoy en eso. Viaje de regreso a la alegría de las cosas sencillas: la luz de la vela, el vaso de agua, el pan que comparto. Humilde dignidad, limpio mundo que valés la pena; nombro las cosas y las toco por primera vez, como un bebé.

Héctor me cuenta historias de la vieja Yala. La muchacha abandonada por el forastero salía a cabalgar todas las tardes. Llevaba al lado el caballo de él, ensillado y sin jinete. Almorzaba y cenaba en la mesa servida para dos, junto a su plato vacío. Ella envejeció.

Caminamos al borde de las acequias, acompañados por el suave rumor. Arranco una hoja de ceniza de la cinerea. Después la estrujo entre los dedos. Habla de Buenos Aires. ¿Cuántas horas llevo sin escuchar el alarido de una sirena? ¿Cuántos serán los muertos de esta noche? ¿Cuánto vale la vida de un hombre desde la última devaluación? En el país se siembran cadáveres y trigo. Se tacha un nombre en la lista. El que así se llamaba, ¿dónde amanece? ¿Adónde va a parar lo que queda de él después de la tortura, los tiros y el fuego? A los bosques, a los basurales, a los bordes de las rutas, al pie de los barrancos. O al fondo de los

ríos, con un bloque de cemento atado a los pies. Te amordazan, te atan las manos, te suben al Falcon: escuchás los sonidos de la ciudad que se aleja y decís adiós o lo pensás porque tenés una venda en los ojos y una mordaza en la boca:

—No, no. Esperen. Así no. De frente no, que no merece. Por la espalda.

Un hombre advierte que lo siguen. Corre por las calles, se mete en una cabina de teléfonos. Todos los números dan ocupados o no contestan. A través del vidrio él ve a los asesinos que lo están esperando.

Cada día el país celebra las ceremonias aztecas. ¿A qué Dios ciego se ofrece tanta sangre? ¿Pesadilla o fiesta peligrosa? ¿Por qué me cuesta tanto irme, a pesar de las advertencias o las amenazas? ¿Será que amo esta tensión de afuera porque se parece a mi tensión de adentro? ¿Será esta violencia mi verdadero espejo, el que me devuelve la cara sin máscara? A veces siento que estoy representando un papel en una obra escrita por otro, mano invisible amiga o enemiga, y que el guión me reserva un destino de hospicio o cementerio.

Volvemos a la casa. Está nublado el día.

—Ahí, en la esquina —dice Héctor—, vivía una mujer que no creció. Tenía cuerpo y mente de niña y era ciega. Se pasó la vida sentada en el columpio. Cuando la hamacaban cantaba como un pajarito. Eso era lo único que sabía hacer la ciega.

Después crepita el fuego en la estufa. Echamos a las llamas diarios viejos. Hablamos del oficio nuestro. Celebración de los encuentros, duelo de los adioses: ¿no es verdad que a veces las palabras son capaces de llevarte adonde ya no estás? ¿No come y bebe uno, escribiendo, en mesas de cualquier lugar? ¿No entra uno en mujeres que son de ayer o de mañana? Cosa buena saberlo cuando es un porfiado perdedor de patrias y libertades y documentos, con los hijos y los papeles todos desparramados por ahí.

Héctor me pregunta por Haroldo. Le digo que no sabemos nada. Hablamos de otros presos y muertos y perseguidos; de las amenazas y la máquina del silencio. ¿Quién puede pensar, hablar, dudar, comunicarse? ¿Hasta cuándo seguirán prohibidos, en estas tierras de América, los hombres y las palabras y los vínculos? ¿Hasta cuándo seguirá la cacería? ¿Hasta cuándo la traición? A veces me siento, Héctor, como un animal prehistórico loco de ganas de vomitar.

Hablamos de la revista. Esta semana la censura rechazó un trabajo de Santiago. Era un artículo contra las drogas, una denuncia de las drogas como más caras del miedo. Le avisé por teléfono. La censura resolvió quedarse con el original. Cuando colgó, Dieguito, el hijo, le vio cara de preocupado. Qué te pasa, preguntó, y Santiago contestó:

—No nos déjan hablar. No nos dejan decir nada.

Y Dieguito le dijo:

—No te preocupes. A mí con la maestra me pasa lo mismo.

La revista se proponía, como dice Anibal, "conversar con la gente". Para eso nació hace más de tres años. Pero, ¿de qué se puede hablar? ¿Y para quiénes? Ahora, la cultura es asunto de un puñado de profesionales obedientes. Están prohibidos los reportajes en la calle, no se pueden divulgar opiniones de cualquiera.

Nosotros queríamos contar qué dice del sol un obrero que puede verlo nada más que un día por semana. En una sala de hospital, creemos, cabe el Universo. ¿No está toda la Historia de América viva en el canto de agonía de un indio del Alto Paraná? Ese garabato que el pescador deja grabado en un muro del muelle cuando está por zarpar el barquito, ¿no es el gran testimonio de nuestra época? ¿De qué dolores de este mundo vienen las voces de los presos y los locos? Se prohíbe la realidad por subversiva. ¿Quisimos ser nosotros algo más que bocas de esas voces? ¿Pudiste alguna vez medir el gentío que te mueve la mano, Héctor, cuando escribís la historia de tu comarca?

Hablamos también de las censuras invisibles. ¿Sospecharé Michelangelo Antonioni que en estos países la inflación tiene la culpa de la incomunicación humana? El costo de una página desnuda es siempre mayor que el precio de la página impresa; las agencias nos sabotean, no tenemos avisos, el precio de la revista se multiplicó por cuarenta: ¿para quiénes decimos lo poco o nada que nos dejan decir? Esto se va pareciendo cada vez más, Héctor, al diálogo de los mudos con los sordos. Y las amenazas, ¿no son una forma de la censura? Digo: cuando se aplican. La imprenta ha sido condenada a volar en pedazos. De la gente nuestra, el que no está preso, muerto o rajado, duerme en cama ajena y con un solo ojo.

Nos sentamos a comer el picante de pollo que Eulalia preparó para nosotros, manos mágicas, en la cocina. Chicha cuenta la historia del hombre de Huma-huaca que pactó con el Diablo para hacerse invisible. El Diablo le puso tres pruebas, tres peleas. Perdió porque tuvo miedo.

Me hace bien comer en esta mesa. Comparto con esta hermosa gente el pan y el vino, los recuerdos y las noticias, como en los tiempos antiguos, cuando la comunión era el aliento de los que creían.

A la mañana siguiente, Héctor me está esperando abajo.

Ando un poco dormido todavía y por poco no me voltean las palabras:

—Escuché el informativo. Tengo que darte una mala noti-



La Sede Central del Mercado Común Europeo, en Bruselas, centro neurálgico de las actividades de la CEE.

Bruselas, puerta de acceso al Mercado Común. A un mundo de 251 millones de consumidores, cuya creciente capacidad adquisitiva ha estimulado la aparición de una enorme gama de productos y servicios. Un mercado de importancia fundamental, desarrolladísimo, polifacético... y, aun así, abierto a toda idea nueva, a toda iniciativa de inversión. Bruselas, capital de Europa: la cita a la que acudir.

Como cuartel general de la CEE, Bruselas no sólo es punto focal de las actividades empresariales europeas sino, a la vez, fuente de información del clima económico en general. Con penetrante "ojo clínico" Bruselas pronostica tendencias, detecta mercados y oportunidades. No menos de 450 organismos internacionales tienen ya su sede europea en Bruselas. Su céntrica situación en el mapa la hace prácticamente equidistante de las principales capitales de Europa, que se hallan "a la puerta de casa". París, por ejemplo, está tan sólo a 50 minutos de Bruselas; Amsterdam, a 45; Frankfurt, a 55; Londres, a una hora.

Francia	53.000.000
Reino Unido	55.515.000
Italia	50.000.000
Países Bajos	13.500.000
Luxemburgo	357.000
Alemania	61.000.000
Dinamarca	5.000.000
Irlanda	2.878.000
Bélgica	9.788.000

CEE 251.038.000

# BRUSELAS. EL PUNTO DE PARTIDA.

## Sabena: "rampa de lanzamiento" hacia Bruselas

En Sabena somos expertos conocedores de Bruselas. Estamos también muy familiarizados con el hombre de empresa; con su necesidad de exigir un servicio rápido, serio, eficaz. Por serle útiles en mil modos distintos ponemos a prueba nuestra imaginación hacia soluciones prácticas. Algunos ejemplos:

La red mundial de Sabena, que cubre 73 ciudades en 4 continentes. Estamos donde Vd. nos necesita, cuando Vd. nos necesita. Con unos horarios en los que puede Vd. confiar. Con unos vuelos que son modelo de puntualidad.

El Salón de Recepción (Business Lounge) para los hombres de negocios, en el aeropuerto Nacional de Bruselas, equipado con télex, teléfono, máquina de escribir, fotocopiadora, biblioteca comercial y bar. Cuenta también con una espaciosa sala de conferencias donde relajarse mientras se consultan las últimas publicaciones económicas o empresariales, o donde acometer un trabajo de urgencia.

El Business Executive Service (Servicio para Ejecutivos de Empresa) de Sabena, que actúa en colaboración con la Oficina Belga de Comercio Exterior. Su finalidad: ayudar al empresario extranjero a establecer contacto con las oportunas representaciones y entidades belgas del comercio, la industria, el turismo, etc. Procura además información sobre productos y servicios belgas, concierta entrevistas, visitas a fábricas, a centros comerciales y áreas de desarrollo; hace, en suma, cuanto está en su mano por ayudar al empresario extranjero a encontrar salidas y oportunidades. Para más información, escribir a: The Sabena Executive Service —Air Terminal— 1000, Bruselas, Bélgica.

## Sabena: un viaje de negocios bien organizado

Sabena está siempre dispuesta a colaborar con el pasajero en la planificación de su viaje, asesorándole sobre alquiler de coches y reserva de hoteles. El Aeropuerto Nacional de Bruselas está a sólo 15 minutos del centro de la ciudad. Además de autobuses y taxis hay un tren especial que enlaza la ciudad con el terminal aéreo. Para más facilidades, Sabena mantiene también un servicio de autobuses entre Bruselas, Amberes, Lieja y Kortrijk, con parada en Gante, y entre Bruselas y Charleroi, con parada en Gosselies.

Sabena. Los hombres ocupados son nuestra ocupación. Somos su catapulta hacia el éxito desde el corazón mismo de Europa. Desde el obligado Punto de Partida. Para ampliar detalles, consulte a su agencia de viajes o a cualquiera de las oficinas de Sabena.

**SABENA**



líneas aéreas internacionales de Bélgica

## Diario de las visperas

cia, aunque te la veas venir: encontraron los cadáveres.

Michelini y Gutiérrez Ruiz han sido tachados de la lista de los uruguayos condenados a muerte en la Argentina. De otros secuestrados nunca aparecieron los cuerpos. ¿Son argentinos o uruguayos los pedazos de hombres que las aguas del río están arrojando en estos días a las costas de Colonia?

Martes de otoño. Vuelvo al vértigo de Buenos Aires.

Abro la puerta del cuarto donde dormiré esta noche.

Estoy solo. Me arde la nuca; todo el tiempo me la queman cigarrillos. Y me pregunto:

¿Existe una mitad de mí que me espera todavía?

¿Dónde está? ¿Qué hace mientras tanto? ¿Andará libre y vivo el ciervo blanco? ¿Habrá sido herido por los cazadores? ¿Nos cruzaremos por ahí antes de que llegue la muerte? ¿Podrá reconocermé a pesar de las rajaduras? ¿O será por los tajos que me adivinará en la muchedumbre? ¿Vendrá lastimada la alegría? ¿Tendrá los ojos húmedos? Mujer respuesta y misterio de todas las cosas, la prometida, la necesitada: ¿Y si nos hemos cruzado ya y nos hemos perdido sin enterarnos siquiera?

Cosa curiosa: no la conozco y, sin embargo, la extraño. Tengo nostalgia de un país que no existe todavía en el mapa.

Soy un hombre que espera. Me pellizco un brazo, porque estoy vivo. Soy algo más que una escupida que el sol seca en la calle. ■

## IV

### La memoria

Cuántos hombres serán arrancados de sus casas, esta noche, y arrojados a los baldíos con unos cuantos agujeros en la espalda?

¿Cuántos serán mutilados, volados, quemados?

Hace nueve años, en Guatemala, yo asistí al ensayo general de esta obra.

De los muchachos que por entonces conocí en la montaña, ¿quién queda vivo? Eran muy jóvenes. Contaban chistes verdes mientras el Ejército les pisaba los talones.

Estuve con ellos algunos días. Comíamos tortas de maíz. Las noches eran muy frías allí arriba, en la alta selva. Dormíamos en el suelo, abrazados todos con todos, bien pegados los cuerpos, para darnos calor y que no nos matara la helada del alba. ■

## V

### Los adioses

La revista no va más. Quedamos pocos y nos contamos todos los días. Algunos están muertos; otros, presos; otros, lejos.

La censura visible nos prohíbe casi todo; la invisible, todo. En las provincias, "Crisis" no entra; en Buenos Aires, exhibirla bajo el brazo es un acto suicida. En caja no nos queda un centavo.

Por la mañana reúno a los compañeros y les hablo. Quiero mostrarme firme y decir esperanzas, pero se me sale la tristeza por los poros. Estoy cansado de adioses. A esta revista yo la paré, y me duele. Explico que ni Fico, ni Vicente, ni yo tomamos la decisión; que deciden las circunstancias. No aceptamos la humillación como epílogo de la hermosa aventura que nos reunió durante más de tres años. A "Crisis" no la agacha nadie; la vamos a enterrar parada como vivió.

Después saco cuentas. Soy veterano de varios diarios, semanarios y revistas enviados al muere. Vacío los cajones del escritorio, repletos de papeles míos y de cartas. Releo, al azar, palabras de mujeres que amé y de hombres que fueron mis hermanos. Acaricio con el dedo el teléfono que me ha transmitido voces amigas y amenazas de muerte. Sé que pronto voy a extrañar esta fiesta peligrosa.

Ha caído la noche; es tarde. Los compañeros se han marchado hace un par de horas o hace meses. Los escucho, los veo; toda la vida me van a perseguir sus pasos y sus voces, la luz y la melodía que cada uno irradiaba y deja cuando se va: el humito que queda de cada uno.

En el diario, en Montevideo, también era así. Escenario zarrapastroso, navío, circo armado a la que te criaste: uno entraba en aquella redacción de chiquilines y en el aire ardía una fiebre misteriosa y uno se sentía abrazado aunque allí no hubiera nadie. Han pasado diez años o un instante.

¿De cuántos siglos está hecho este momento que ahora vivo? ¿De cuántos aires el aire que respiro? Años idos, aires idos; años y aires guardados en mí y desde mí multiplicados, conmigo, cuando me siento y me pongo la capa de mago o la gorra de capitán o la nariz de payaso y aprieto la lapicera y escribo. Escribo, o sea: adivino, navego, celebro. Convoco: enciendo el fuego y llamo. ¿Vienen? Los escucho, los veo. Se sientan a mi lado.



Se prohíbe la realidad, por subversiva.

En el diario trabajábamos por la fe, que sobraba, y no por la plata, que no había. Nadie cobraba nada; pero como yo era el director, dos por tres venía una muchacha a ponerme inyecciones de hígado y vitaminas. Teníamos pocos años y muchas ganas de hacer y de decir: éramos alegres y porfiados, contagiosos. Cada tanto nos clausuraba el superior Gobierno y amanecíamos en la Policía. Las agencias se llevaban los teletipos, por falta de pago; nos cortaban el teléfono; se caía y se rompía la única radio. Las máquinas de escribir no tenían cinta y no había plata para las películas de los fotógrafos; a las dos de la mañana saltamos a buscar bobinas de papel. Hasta un incendio hubo que nos reventó las máquinas del taller. Y, sin embargo, no sé cómo, "Epoca" estaba en la calle. ¿Prueba de la existencia de Dios o magia de la solidaridad? ¿De qué no era capaz tanta belleza o locura? El diario era la voz de los que no tenían voz y, por lo tanto, no callaba nada: no tenía nada para perder, como no fuera el entusiasmo, y de eso había de sobra. Nos quedábamos para verlo nacer, cada madrugada, de las bocas de la rotativa. Nos arrancábamos de las manos los primeros ejemplares con la tinta mojada. Eso era un parto. Después nos íbamos abrazados a la rambla, a esperar el sol. Eso era un rito.

Fervores, azares, amorfos, grandes grescas; cabía toda la vida en cada jornada. ¿Quién podría olvidar a todos esos lindos tipos? Gente que vivía sin ahorrarse. De Montevideo a

Buenos Aires, de "Epoca" a "Crisis", han pasado diez años. ¿No reconozco aquel pulso, aquel sonido, en mi gente de ahora? ¿Sirve para algo mi maldita memoria?

Hemos querido romper la máquina de mentir y ella nos rompió a nosotros.

De los compañeros de aquellos tiempos de Montevideo y estos tiempos de Buenos Aires, ¿cuántos yacen bajo tierra? ¿Cuántos se pudren en las cárceles? ¿Cuántos están lejos, quién sabe dónde, perdidos en el polvo de los caminos? ¿Cuántos olvidaron o no quieren recordar? Me pellizco el brazo. ¿Soy un sobreviviente? ¿No me envenenan los jugos de la memoria?

La memoria. Mi duelo y mi alegría. Mi comida. Ella me mueve la mano. Yo escribo. Yo convoco. Siento respirar las palabras, las escucho jadear. Los llamo a todos. Yo los junto y los ofrezco. Nos sentamos todos en torno al fuego. Bebemos vino, convidamos. Alzamos los vasos de vino, los frotamos, los chocamos; yo brindo por la hermosura de estar vivos y querernos tanto. Los resplandores de las fogatas nos lamen las caras. Nosotros creemos. Esta noche no falta ninguno. Nadie se murió, nadie se fue, nadie está preso; a nadie lo rompió la máquina. Nosotros estamos abrazados. Nos reímos. Escribo y me acompaña la banda completa. Somos libres. Nosotros cantamos, nosotros creemos. Esta noche está prohibido olvidar. Esta noche somos más fuertes que la duda y el miedo.

■ E. G. (Buenos Aires, mayo a julio de 1976).